



TRIBUNA ABIERTA

En la variedad no siempre está el gusto



POR ANTONIO NARBONA

Ni el trueque o alteración de una vocal ni las realizaciones diversas de una consonante tienen por qué ser signo de riqueza ni de pobreza

ME pregunta una cordobesa —a la que le ‘cuesta’ dejar de decir *sai* ‘seis’— por el número de vocales ‘andaluzas’. Le digo que son cinco, las mismas que permiten a cualquier hispanohablante diferenciar *paso, peso, piso, poso* y *puso*, algo ‘envidiado’ por los hablantes de francés (con más de quince) o de inglés (no hay total acuerdo sobre cuántas son). Otra cosa es que algunos, como ella, ‘conviertan’ la *e* en *a*, o que en localidades en que su provincia confluye con las de Sevilla y Málaga se haga lo contrario: *¡qué cose[s] tieneh, vete ya a trabahé!* «¡qué cosas tienes, vete ya a trabajar!», lo cual tampoco acaba de gustar. Sin embargo, la pongo en guardia, otros le darán respuestas diferentes, e incluso hay un librito en el que puede leer que El idioma [sic] andaluz (es su título), con sus 25 (i) vocales, «nada tiene que ver con el castellano».

Es verdad que se ha discutido acerca de si en parte de la Andalucía oriental, en lugar del nítido triángulo cuyos tres vértices están ocupados por la abierta *a* y las dos cerradas (*i, u*), cabría hablar de una especie de trapecio con siete, dado que las dos medias (*e, o*) presentan una variante de mayor abertura, que, en posición final de palabra, puede permitir distinguir el singular del plural en los nombres (*niño/niño*) y reconocer el sujeto de los verbos en *no hace lo que dice*, que no tiene por qué ser el mismo (‘no haces lo que dices / no haces lo que dice / no hace lo que dices...’). Pero es raro que se produzca ambigüedad o confusión, pues, aunque se ‘pierda’ la *-s* final, el plural y la persona suelen estar asegurados: *muhere, loh hombre, un/do[h] caramelo, ¿tú viene?* En francés hablado, no sólo se ha de averiguar fuera de la forma verbal si [chantÉ] equivale a *chanter* (‘cantar’) o a *chantai[s]* (‘cantaba[s]’), sino también si [chant] corresponde a *je chante, tu chantes, il chante, ils chantent*.

«¿Cuántas ‘eses’ hay en Andalucía?», pregunta otro lector. No puedo, ni quiero, salirme por la tangente con un «No lo sé, nadie puede responder», porque la ‘frontera’ del andaluz se ha trazado —negativamente— por la línea donde deja de oírse la *s* ‘castellana’, es decir, no sería ‘andaluza’ una franja, más o menos estrecha, del norte de las provincias de Huelva, Córdoba, Jaén, Granada y Almería. Aunque nos hayamos acostumbrado a hablar de la *s* ‘cordobesa’, de la ‘sevillana’, etc., la extensión de cada una no coincide, ni mucho menos, con las circunscripciones provinciales. Y las diferencias en su articulación se deben a la posición de la lengua, la parte de esta que se acerca y/o toca una superficie —más o menos amplia o estrecha— de los alvéolos o de los dientes,

la vibración o no de las cuerdas vocales... Hasta una decena de tipos se registran en el *Atlas Lingüístico de Andalucía*, y dentro de cada uno se distinguen variantes, según factores diversos, como el sexo o la edad del hablante, su grado de competencia idiomática, la situación comunicativa... Y no se olvide a los ‘sin *s*’, por cecear (*nececidá*) o hehear o jehear (*lah coha como hon ‘las cosas como son’*), hábitos articulatorios (sobre todo el segundo) que no gustan a casi nadie.

Ni el trueque o alteración de una vocal ni las realizaciones diversas de una consonante tienen por qué ser signo de riqueza ni de pobreza. Si *sai* o *loh mesE* chirrían a los sevillanos, si cada vez se oye menos *masete* (‘macetas’) en la Andalucía de la *E*, si la ‘ese’ de Lucena (Córdoba) ‘chirría’ hasta a los de pueblos vecinos, si el ceceo y el heheo no progresan (más bien descienden), etc., habrá que reconocer que en la variedad no (siempre) está el gusto, o, si se prefiere, que no todo ‘gusta’ por igual a todos. Puede que las consecuencias no salten al oído, como a la vista lo hacen los cambios en la moda, pero ahí están. Y menos mal que nada de eso se refleja en la escritura. Cierto que alguna de las 22 consonantes (más los dígrafos *ch* y *ll*) es muda (la *h*), y las hay representadas de varios modos (*casa, aquel* y *kilo*), pero tanto los muchos que sesean (sea cual sea su *s*) y



VALERIO MERINO

son yeístas como los (pocos) que cecean han de escribir necesidades (incluida la *s* final). De manera que el que diga *sai* (sea cual sea su ‘*s*’) ha de escribir seis, pues las faltas de ortografía son las mismas para los de Almería, Las Palmas, La Habana, Buenos Aires...

Muchas páginas dedicamos en *El español hablado en Andalucía* a describir todo eso. Pero no me pidan que ‘reproduzca’ las ‘eses’ distintas a la mía, que tampoco estoy seguro sea siempre igual. Hay que insistir en que la pronunciación de ciertos andaluces no confluye en ciertos casos con la de (los) otros hispanohablantes porque los ‘imiten’. Si, finalmente, quien me hace la consulta decide decantarse por *sei[s]* (no *sai*), lo hará porque le conviene eliminar tal divergencia respecto a (casi todos los) otros andaluces, no por ‘parecerse’ a los de Burgos.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

